

Esta es una pequeña muestra
del libro La Predicación Cristocéntrica.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2020 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

“Finalmente, ha llegado a nuestro continente hispano parlante uno de los mejores textos de predicación que se haya escrito. Esta obra es prácticamente una obligación para todo aquel interesado en ser fiel a la enseñanza de cualquier pasaje de la Biblia. Bryan Chapell ha logrado reunir, en un solo libro, la teología detrás de la predicación; los principios de cómo ver la intención original del autor en cada pasaje de la Biblia, junto con la enseñanza de cómo estructurar un sermón y cómo entregarlo a la audiencia de una manera expositiva y aplicativa. Además, esta obra te ayudará a predicar manteniendo la unidad de la Biblia y la centralidad de Cristo como el autor del evangelio. Si eres predicador, debes leer el texto que tienes en las manos. Y si no lo eres, te recomiendo encontrar a alguien dedicado a la exposición bíblica y bendecir su vida poniendo en sus manos este recurso”.

— **Miguel Núñez**, pastor; autor de *El poder de la Palabra para transformar una nación*

“*La predicación Cristocéntrica* fue un libro pionero cuando primero salió en 1994. Algunos autores habían estado animando a los predicadores a tratar cada texto como parte del flujo de la historia bíblica —siempre culminando en Jesucristo—, pero este libro fue el primero que nos explicó cómo hacerlo. Entre muchos manuales clásicos sobre la predicación expositiva, este siempre ha sido el más detallado, analítico, práctico y comprehensivo de todos”.

— **Timothy Keller**, pastor; autor de *Encuentros con Jesús*

“Cristo es el centro de las Escrituras (Lc 24:25-27; Jn 5:39, 46; 2Ti 3:14-15) y, por consiguiente, debe ser el centro de nuestra predicación. Predicar expositivamente es predicar a Cristo desde cualquier pasaje de la Palabra de Dios. Una predicación que no proclame a Cristo no es exposición bíblica en el mejor sentido del término; pero lo mismo podemos decir de ese tipo de predicación en la que se espiritualiza el texto para ver a Cristo donde no está. En este extraordinario libro, Bryan Chapell nos ayuda a evitar ambos errores. Si quieres exponer fielmente las Escrituras, te ruego que leas este libro con suma atención y pongas en práctica los principios que en él se enseñan. Tanto tú como los que te escuchan serán grandemente bendecidos al contemplar “la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2Co 4:6) en cada una de tus exposiciones, trayendo como resultado una transformación “de gloria en gloria en la misma imagen” de nuestro bendito Señor y Salvador (2Co 3:18). Recomendando este libro de todo corazón”.

— **Sugel Michelén**, pastor y predicador; autor de *De parte de Dios y delante de Dios* y coautor en *Gracia sobre gracia: la nueva Reforma en el mundo hispano*

“El Dr. Chapell es un hombre que ama la gracia, pero sobre todo, ama al Cristo de toda gracia. En este, su más conocido libro, que leí por primera vez hace más de 20 años, comparte con nosotros las verdades que transformaron su propio ministerio, y que ahora están disponibles al mundo hispano hablante. Lee y abraza este importante libro, pues estas verdades te ayudarán a identificar, proclamar y exaltar en cada pasaje de la Biblia el 'gran drama' de la obra de la gracia redentora de Cristo como única solución a nuestra terrible condición caída”.

– **Carlos Contreras**, pastor y miembro de Coalición por el Evangelio y coautor en *Gracia sobre gracia: la nueva Reforma en el mundo hispano*

“Gracias a Dios que en América Latina ha crecido el interés por estudiar la Palabra de Dios y sobre todo por predicarla de una manera sana y real para la vida de la gente. Bryan no solo está trayendo esto de manera profunda, sino que también creo que este libro, por primera vez en América Latina, nos trae un instrumento que motiva, emociona, enseña y muestra cómo se puede predicar a Cristo de forma expositiva para la transformación de la vida de los oyentes. Como pastor y entrenador de pastores y plantadores de iglesias, veo la gran necesidad que estos tienen de realmente descubrir cómo predicar al corazón y no solo al intelecto personal. Bryan nos da las dos cosas de una manera sencilla, analítica y penetrante, para que cada lector de su libro pueda descubrir a Cristo en cada libro de las Escrituras y así pueda exponerlo mediante la predicación expositiva”.

– **Andrés Garza**, director de City to City, América Latina

“No importa si apenas estás empezando el Instituto Bíblico o llevas muchos años predicando, este libro fundamental debe estar a la mano para ayudarte a crecer en tu ministerio de predicación”.

– **Julius J. Kim**, autor de *Predicando todo el Consejo de Dios*

“Este libro es un regalo de Dios para la iglesia y sus predicadores. Profundo, claro y accesible, es de gran ayuda tanto para la hermenéutica como para la homilética”.

– **Jeremy Meeks**, director, Chicago Course on Preaching,
The Charles Simeon Trust

“Uno de mis libros favoritos sobre predicación... las ideas de Chapell mejorarán no solo mejorarán tu predicación; también te llevarán a momentos de adoración mientras consideras las riquezas inescrutables de Cristo”.

– **Tony Merida**, pastor y predicador; autor de *El predicador Cristocéntrico*

LA
PREDICACIÓN
CRISTOCÉNTRICA

LA
PREDICACIÓN
CRISTOCÉNTRICA

RESCATANDO EL SERMÓN EXPOSITIVO

Bryan Chapell



La predicación Cristocéntrica

Rescatando el sermón expositivo

Bryan Chapell

© 2019 por Poiema Publicaciones

Traducido del libro *Christ-Centered Preaching: Redeeming the Expository Sermon* © 1994, 2005, 2018 por Bryan Chapell, tercera edición. Publicado por Baker Academic, una división de Baker Publishing Group; Grand Rapids, Michigan 49516-6287, U.S.A.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1986, 1999, 2015, por Biblica, Inc. Usada con permiso. Las citas bíblicas marcadas con la sigla RVC han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina-Valera Contemporánea* © 2009, 2011, por Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla RV60, de *La Santa Biblia, Versión Reina-Valera* © 1960, por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla NTV, de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente* © 2010, por Tyndale House Foundation.

Con especial agradecimiento por la colaboración
y trabajo del Centro de Plantación de Iglesias
en Monterrey, México



Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-950417-08-7

SDG

Dedicado a
mi esposa, Kathy,
por el amor, la familia, el hogar y la amistad
que el Señor nos ha permitido compartir por Su gracia.
La cabaña en la que escribí este libro
era un palacio gracias a ti.

Contenido

Listas de apéndices, figuras y tablas	xi
Prefacio	xiv
Reconocimientos	xviii
Introducción	xx

Parte uno: Los principios para la predicación expositiva

1. Palabra y testimonio	3
2. Las obligaciones del sermón	27
3. La prioridad del texto	49
4. Los componentes de la exposición	79

Parte dos: La preparación de los sermones expositivos

5. El proceso de la explicación	101
6. El bosquejo y la estructura	135
7. El patrón de la ilustración	175
8. La práctica de la aplicación	215
9. Introducciones, conclusiones y transiciones	251

Parte tres: La teología de los mensajes Cristocéntricos

10. Un enfoque redentor de la predicación	288
11. Desarrollando sermones redentores	331

Notas de texto	479
--------------------------	-----

Apéndices

1. Otros formatos homiléticos	375
2. Una filosofía de la presentación y la vestimenta	389
3. Una filosofía del estilo	405
4. Métodos de preparación	411
5. Métodos de presentación	413
6. Divisiones y proporciones	419
7. Mensajes para bodas	421
8. Mensajes para funerales	425
9. Mensajes evangelísticos	431
10. Entendiendo y alcanzando a los oyentes contemporáneos	437
11. Leyendo las Escrituras	445
12. Ejemplo de un formulario para evaluar un sermón	449
13. Ejemplo de un sermón expositivo con una estructura formal	453

Lista de figuras

1.1. Componentes de un mensaje centrado en el evangelio	16
4.1. Un mensaje que prioriza la información	81
4.2. Un mensaje que prioriza la exposición	81
4.3. Una doble hélice de exposición balanceada	88
4.4. Variaciones de los componentes de la exposición.	89
5.1. Ejemplos de bosquejos gramaticales	110
5.2. Esquema mecánico tradicional de 2 Timoteo 4:1-2.	111
5.3. Esquema mecánico alternativo de 2 Timoteo 4:2.	112
7.1. La perspectiva de la ilustración en la doble hélice	176
8.1. El sermón como herramienta para potenciar la aplicación . .	217
8.2. La aplicación como meta de la exposición	218
8.3. El desarrollo de la aplicación del punto principal.	232
8.4. La magnificación de la aplicación.	233
8.5. Enfocando la aplicación con la especificidad situacional . .	235
8.6. El punto de ruptura de la aplicación	239
9.1. La cadena de la introducción.	257
9.2. Un patrón común para comenzar un sermón.	267
9.3. Gráfica de la intensidad del sermón	271
9.4. La perspectiva de la transición con doble hélice	280
10.1. Un salto imaginativo a Cristo	309
11.1. La exposición Cristocéntrica	337
11.2. Los problemas con “tres puntos más la cruz”	345
11.3. La predicación dirigida por la gracia	346

Apéndices:

A1.1. Los “movimientos” de la comunicación	376
A1.2. Comparaciones entre sermones tradiciones y sermones de comunicación masiva	382
A2.1. El uso del micrófono.	394
A4.1. Pirámide de la preparación del sermón	412

Lista de tablas

4.1. Términos clave del Antiguo Testamento.	93
4.2. Términos clave del Nuevo Testamento	94
9.1. Análisis de una introducción a un sermón	260
9.2. Ejemplo de una introducción a las Escrituras	266

Apéndices:

A6.1. Proporciones y divisiones del sermón	419
--	-----

Prefacio

Considero que esta tercera edición de *La predicación Cristocéntrica* es un dulce regalo del Señor que me permite mejorar mis intentos de equipar a otros para honrar Su Palabra y proclamar Su gracia. En las décadas posteriores a la primera publicación de este libro, pastores, estudiantes y colegas de muchas naciones y múltiples generaciones han ofrecido ideas, sugerencias y aclaraciones que he intentado incorporar a esta edición. Gracias, amigos y colegas, por su ayuda y aliento.

Estoy especialmente agradecido por mis alumnos. Llevo más de treinta años enseñándoles a predicar, escuchando sus sermones y deleitándome en la forma en que Dios está ministrando a través de ellos, y eso ha refinado mi pensamiento, ha profundizado mi aprecio por la Palabra de Dios y me ha hecho un mejor predicador. Su diligencia y cuidado me ministraron y seguirán ministrando a muchos más a través de esta nueva edición del libro que me ayudaron a escribir.

Hay una generación de predicadores que ha madurado desde la primera edición de *La predicación Cristocéntrica*, y lo mismo sucedió con el campo de la teología bíblica que dio lugar a muchos de los énfasis de mi trabajo inicial. Cuando salió la primera edición, pocas voces pedían una renovación de las perspectivas redentoras que inspiraron a los primeros padres de la iglesia, energizaron la predicación de la Reforma y dieron poder a los grandes avivamientos del evangelio en este país. Los teólogos liberales habían secuestrado aspectos clave de la teología bíblica que los evangélicos luego se negaban a usar.

Más adelante, el trabajo pionero de instructores de predicación como Sidney Greidanus, Edmund Clowney y John Sanderson le recordó a los predicadores de finales del siglo XX que la unidad de la Escritura no es simplemente una abstracción doctrinal. Estos pioneros señalaron a los padres de la iglesia primitiva que tomaron en serio lo que dicen los Evangelios de que “todas las Escrituras” revelan el ministerio de Cristo (por ejemplo: Lc 24:27; Jn 5:39). Habían ocurrido abusos obvios de esta idea con métodos alegóricos medievales que buscaban hacer que Jesús apareciera “mágicamente” en cada pasaje de la Biblia a través de acrobacias exegéticas que estiraban la lógica, la imaginación y la credulidad. Pero Lutero y Calvino, entre otros, reconocieron los abusos e intentaron ofrecer correcciones que buscaban que toda predicación bíblica “descansara” en el ministerio de Cristo. Las distinciones que hizo Lutero entre la ley y el evangelio y las incursiones de Calvino para unificar los Testamentos no fueron métodos perfectos para capturar el mensaje redentor que culmina en las Escrituras. Pero los escritos anteriores y posteriores de Bullinger, Oecolampadius y Beza ayudaron a refinar y sistematizar una perspectiva bíblica que debió haber establecido el estándar para la interpretación redentora en las siguientes eras. Lamentablemente, las batallas contra la Reforma en cuanto a la naturaleza de la iglesia, la justificación y los sacramentos eclipsaron la discusión sobre cómo la unidad del mensaje redentor de la Escritura debería guiar nuestra predicación.

Más tarde, los reformadores holandeses volvieron a visitar la teología bíblica e influyeron en los puritanos, quienes retomaron la discusión a través de pensadores clave como Jonathan Edwards. Su afán por comprender cómo los “afectos” religiosos eran movidos por la gracia del evangelio condujo a una propuesta para escribir una historia de redención que unificara toda la Biblia —un proyecto que fue interrumpido por su muerte prematura.

La disciplina latente fue revivida nuevamente en América a través de los escritos de Geerhardus Vos, pero fue favorecida por poco tiempo por los evangélicos ya que los teólogos liberales usaron aspectos selectos de la teología bíblica para socavar la veracidad de las Escrituras. Argumentaron que así como la “trayectoria” de las Escrituras del Antiguo Testamento apuntaba a un Cristo que sobrepasaba las expectativas antiguas, los predicadores modernos podrían señalar más allá del canon de las Escrituras

para revelar el “espíritu de Jesús” en los nuevos conceptos de fe y ética. En otras palabras, la teología bíblica fue mal utilizada para prescindir de la clara enseñanza de las Escrituras y así defender ideas nuevas que sobrepasan los límites canónicos. Como consecuencia, la teología bíblica se convirtió en un arma de “liberalismo” en la “batalla por la Biblia” modernista/fundamentalista de principios del siglo XX.

Fue solo después de que el evangelicalismo ganó terreno en las décadas de 1960 y 1970 que las voces clave comenzaron a recordarle a los creyentes bíblicos las grandes implicaciones de nuestra convicción de que la interpretación adecuada de cualquier texto requiere tener en cuenta su contexto. Ese contexto incluye no solo su entorno literario e histórico, sino también su lugar en el plan redentor de Dios. Las disciplinas exegéticas y doctrinales comenzaron a registrar la importancia de la unidad orgánica de las Escrituras para la interpretación sólida, y estas ideas inevitablemente afectaron nuestro enfoque de la predicación.

En el campo de la homilética, la instrucción de Greidanus, Clowney y Sanderson —cuyas voces parecían ser simples gritos en el desierto durante décadas— encontró una nueva defensa en los sermones de predicadores como Don Carson, Joel Netherhood, Sinclair Ferguson, John Piper, Steve Brown, Jim Boice, Skip Ryan, Tony Merida, Jerry Bridges, Ray Ortlund, Joe Novenson, David Calhoun, Danny Aiken, Ray Cortese y, sobre todo, Tim Keller. Algunos predicaban por un impulso hacia la gracia, mientras que otros tenían enfoques más sistemáticos; algunos eran defensores firmes, mientras que otros avanzaban con cierta vacilación, pero todos estaban contribuyendo a un movimiento que ahora se ha extendido más allá de cualquier límite académico, denominacional o generacional previsto.

En el contexto actual, es casi impensable que se publique un nuevo comentario bíblico sin contextualizar el libro o sus contenidos dentro del flujo redentor de la historia bíblica. Aun si los predicadores principiantes no están seguros de cómo predicar un pasaje en particular de manera redentora, ahora han sido sensibilizados para detectar sermones que no son más que desafíos moralistas a esforzarse más para hacerlo mejor la próxima vez. Mi contribución a esta gran ola de gracia fue simplemente escribir un libro de texto de predicación en una etapa temprana del desarrollo del tsunami en el que resumé y organicé lo que otros me enseñaron.

Desde entonces, el movimiento se ha hecho más profundo y más extenso, multiplicando herramientas y enfoques que tendremos que considerar en esta tercera edición de *La predicación Cristocéntrica*. Cuando escribí la primera edición, casi toda la teología bíblica estaba siendo explorada en el contexto de un método histórico-redentor. Ese enfoque sigue siendo fundamental para nuestra práctica, pero algunos predicadores Cristocéntricos se han orientado más hacia enfoques doctrinales, literarios o relacionales que también logran excavar la gracia en toda la Escritura.

Hablaremos de todos estos enfoques en esta tercera edición, y continuaremos presentando ideas e investigaciones de los mejores pensadores de la homilética contemporánea. Algunos de estos colegas también han planteado desafíos a la predicación Cristocéntrica que deben abordarse. Algunos todavía se preguntan si un enfoque de las Escrituras que está orientado hacia el evangelio es antinomista (dando poca importancia a la ley de Dios), alegórico (un esfuerzo imaginativo por encajar a Jesús en cada verso de la Escritura, lo que en realidad oscurece la intención del autor), egocéntrico (tan enfocado en la gracia de Dios para los individuos que se olvidan las responsabilidades corporativas y comunitarias), o Cristomaníaco (tan enfocado en la segunda Persona de la Trinidad que termina marginando al Padre y al Espíritu).

Por lo tanto, como esta edición brinda la oportunidad de refrescar las citas, aclarar las confusiones, corregir errores y explicar mejor los conceptos, también tengo el privilegio de interactuar con aquellos que han proporcionado nuevas perspectivas y preguntas familiares. Dicha interacción tiene beneficios maravillosos para esta tercera edición, pues me impulsa a explorar nuevas ideas y profundiza mi compromiso de ayudar a enseñar a otra generación a predicar mensajes expositivos que muestran la gracia que hay en toda la Escritura —gracia que por sí sola liberará del pecado y energizará para la vida cristiana.

Reconocimientos

Escribo este libro con profunda apreciación por aquellos cuyas contribuciones a mi propio pensamiento y vida han sido significantes.

Debo agradecer de manera especial al Dr. Robert G. Rayburn, mi profesor de homilética, quien no se conformó con nada menos que la excelencia mientras enseñaba constantemente que la gloria de Dios tenía que ser el único enfoque de la predicación, y al Dr. John Sanderson, profesor de Teología Bíblica, quien abrió mis ojos a la necesidad de tener a Cristo como el centro de toda exposición fiel.

Estoy en deuda con la familia Rayburn por permitirme el acceso a los escritos y notas inéditas del Dr. Robert G. Rayburn. El que me hayan confiado el compartir algunas de las perspectivas del Dr. Rayburn es un gran privilegio.

La redacción e investigación de las ediciones anteriores de este libro las llevé a cabo durante unos sabáticos que me concedió el Covenant Theological Seminary. Quiero expresar mi agradecimiento a la administración y a la junta directiva por darme oportunidades tan maravillosas para escribir. He tenido el privilegio de producir esta tercera edición durante mis años de pastoreo en Grace Presbyterian Church (PCA) en Peoria, Illinois, donde mi familia y mi predicación han sido cálidamente recibidas y alentadas. Estoy profundamente agradecido por este cuerpo de creyentes que también ha expandido su misión con tal de permitirme servir a la próxima generación de predicadores bíblicos a través de la escritura y la docencia en numerosas instituciones a nivel nacional e internacional.

Introducción

Este libro gira en torno a dos palabras: *autoridad* y *redención*.

En nuestros días hay dos fuerzas opuestas que desafían la exposición efectiva de la Palabra de Dios. El primer enemigo del evangelio es la erosión de la autoridad. Las filosofías del relativismo y los escépticos de la verdad trascendente han creado un clima cultural que se opone a cualquier autoridad. Sin embargo, tal como lo vio el apóstol Pablo en su tiempo, hacer caso omiso de las normas bíblicas inevitablemente hace que las personas sean esclavas de sus propias pasiones y víctimas del egoísmo de los demás (Ro 6:19-22).

Nuestra cultura y la iglesia anhelan desesperadamente verdades confiables que aborden el quebrantamiento del mundo, el cual se ha agudizado debido a esta pérdida de autoridad. No todos los predicadores de la iglesia dan respuestas que anuncian buenas noticias. Algunos predicadores simplemente han abandonado toda esperanza de encontrar una fuente de verdad eterna o de poder comunicarla a un mundo tan diverso. Otros que perciben la antipatía de nuestra cultura por todos los que se atreven a sostener que tienen respuestas definitivas han optado por predicar sin autoridad. Aunque retienen el deseo de sanar, tales pastores suelen conformarse con dar consejos o teorías administrativas con palabras que suenan religiosas. Al ofrecer el consuelo subjetivo de respuestas humanas que cambiarán con la próxima ola de filosofía o terapia popular, tal predicación enmascara en lugar de curar el dolor del alma (1Co 2:4-5; 1Ti 6:20; 2Ti 4:3).

La predicación expositiva que explica con precisión lo que dice la Palabra de Dios sobre los problemas de nuestros días, las preocupaciones de nuestras vidas y el destino de nuestras almas ofrece una alternativa. Al comunicar fielmente los mandatos de la Escritura, tal predicación ofrece una voz de autoridad que no es de origen humano y que no está sujeta a caprichos culturales (Is 40:8; 1Ts 2:13; Tit 2:15). Por obvia que parezca esta solución, ponerla en práctica tiene grandes desafíos. Durante las últimas dos generaciones, el sermón expositivo ha sido estigmatizado (no siempre injustamente) como un estilo de predicación que requiere recitaciones secas de información de comentarios o que degenera en defensas dogmáticas de perspectivas doctrinales que aparentan tener poca conexión con nuestras luchas diarias. Este desafío se ha agudizado aún más, ya que todas las formas de predicación han sido acusadas cada vez más de emplear métodos obsoletos que son demasiado académicos y aburridos para los gustos y necesidades de una cultura sintonizada con el impacto, las innovaciones y el ritmo de la comunicación y tecnología modernas.

Ha llegado el momento de redimir el sermón expositivo —no solo para reclamar la voz necesaria de la autoridad bíblica para nuestros días, sino también para rescatar el enfoque expositivo de los practicantes que desconocen (o no se preocupan) por las fuerzas culturales, los recursos de comunicación y los principios bíblicos que deben aplicarse para conectar la Palabra con el pueblo y los propósitos de Dios. Este libro intenta proporcionar un enfoque para tal recuperación y rescate. Inicialmente, este texto ofrece instrucciones prácticas que vinculan el sermón expositivo a las verdades de las Escrituras y lo liberan de las actitudes vinculadas a la tradición y a prácticas ingenuas que impiden que tanto el predicador como los oyentes experimenten la plenitud del poder y de la esperanza que ofrece la Palabra de Dios a través de un mensaje accesible.

Además de proporcionar instrucción práctica, este libro también intenta confrontar a un segundo enemigo de la comunicación efectiva del evangelio. Este enemigo surge con demasiada frecuencia como un efecto secundario no reconocido de una búsqueda bien intencionada de autoridad. Los predicadores evangélicos que reaccionan a la secularización de la cultura y de la iglesia pueden caer en el error de hacer que el foco principal de sus mensajes sea la instrucción moral o la reforma social. Nadie puede

culpar a estos predicadores por querer desafiar los males del día. Cuando el pecado se acerca, los predicadores fieles tienen el deseo, el derecho y la responsabilidad de decir: “¡Basta!”.

Sin embargo, si la cura real o percibida de estos predicadores para un mundo quebrantado espiritualmente es un mero cambio de comportamiento o una mejora social, sin darse cuenta están presentando un mensaje contrario al evangelio. La Biblia no nos dice cómo *nosotros* podemos arreglarnos a nosotros mismos para ganar la aceptación de Dios ni para perfeccionar nuestro mundo (Gá 2:15-20). Si la Biblia se tratara simplemente de mejorar nuestro desempeño o de refinar nuestra competencia, entonces seríamos nuestros propios salvadores. De manera fundamental y generalizada, las Escrituras enseñan la insuficiencia de cualquier esfuerzo puramente humano para obtener la aprobación divina o para lograr los propósitos de Dios. Dependemos completamente de la misericordia y del poder que nos da nuestro Salvador para ser lo que Él desea y para hacer lo que Él requiere. ¡La gracia gobierna y esta es la motivación más poderosa y el único medio verdadero para la obediencia cristiana!

Por muy bien intencionada y bíblicamente arraigada que sea la instrucción de un sermón, si el mensaje no incorpora la motivación y la habilitación de la gracia de Dios que culmina en el ministerio de Jesucristo, entonces el predicador solo está proclamando la superación personal. La predicación que es fiel a toda la Escritura no solo establece los requisitos de Dios, sino que también destaca los medios redentores que Dios proporciona para hacer posible la santidad. La tarea puede parecer imposible. ¿Cómo pueden todas las Escrituras centrarse en la obra redentora de Cristo cuando vastas porciones no lo mencionan? La respuesta está en aprender a ver toda la Palabra de Dios como un mensaje unificado de necesidad humana y provisión divina (Lc 24:27; Ro 15:4).

Al explorar cómo este evangelio de redención se desarrolla a través de toda la Escritura para motivarnos y capacitarnos para la obediencia cristiana, este libro también establece los principios para redimir el sermón expositivo de dos errores polares en la predicación evangélica bien intencionada pero mal concebida. El primer error es el moralismo, la predicación cuyo enfoque completo es la promesa de una vida mejor a través de un mejor comportamiento. El error opuesto es la gracia barata —predicar

las promesas de un Dios generoso sin tener en cuenta el costo del amor de Dios por nosotros ni la respuesta de nuestra lealtad.

La predicación Cristocéntrica desafía el moralismo recordándonos que nuestras mejores obras son trapos de inmundicia para Dios y reemplazando la gracia barata con exhortaciones a obedecer a Dios como una respuesta amorosa a la obra redentora del Hijo. Tanto el moralismo como la gracia barata se ven socavados por la predicación cuya esperanza está firmemente arraigada en infinita gracia de Dios, y cuyo fruto es la acción de gracias ofrecida por medio de vidas que honran a Dios con poder del Espíritu Santo. La verdadera santidad, la obediencia amorosa, la fortaleza espiritual y el gozo duradero fluyen de esta forma precisa y poderosa de exposición bíblica (1Ti 2:1; Tit 2:11-15).



באלימותו ובהפחדתו מן השמים
"רצונו נעשה מקדו מפניו ואין לפניו לאיעמודו וכל חייו ונגבה וצפונה ימה מנגח את
ידיו"

"צפיד בארץ טוגע ואין כלהארץ עלפני מוהמערב בא צפירהעדים והנה מבין
קוות"

"ליו וירץ האבל לפני עמד ראיתי אשר הקרנים בעל עד האיל ויבא
יה קרניו אחשוני וישבר אתהאיל ויר אליו ויתמרמר האיל אצל מגיע
הנלאה ויתמסרה ארצה וישליכרה לפניו לעמד
י קוות ותעלנה הדוליה הקרן נשברה וכעצמו עדמאד הקדייל

"א נחגליחך מצעירה קרואחת יצא מקם ומותאחת
י ארצה וחפל השמים עדצבא וחגלי
וממנו הקדייל שורצבא ועד
בפשעו התמידעל חנות וצבא
י קלמוני קרוש אחד ויאמר מדבר אחדקדוש

אלי ויאמר

"חון דניאל אני בדאחי ויהי
י קולאדם ואשמע

"נעוהו וקבאו עמדי אצל וי
ירן

ירן

הצפיר

ירח

יעצם

האצל

PARTE UNO

Los principios *para la* predicación expositiva

CONTENIDO DEL CAPÍTULO 1

- < **La nobleza de la predicación**
- < **El poder en la Palabra**
 - El poder de Dios en la Palabra
 - El poder de la Palabra manifestado en Cristo
 - El poder de la Palabra aplicado en la predicación
 - La predicación expositiva presenta el poder de la Palabra
 - La predicación expositiva presenta la autoridad de la Palabra
 - La predicación expositiva presenta la obra del Espíritu
- < **La efectividad del testimonio**
 - Distinciones clásicas
 - Corroboración bíblica
 - 1 Tesalonicenses 2:3-8, 11-12
 - 2 Timoteo 2:15-16, 22-24
 - Tito 2:7-8
 - 2 Corintios 6:3-4
 - Santiago 1:26-27
 - Santiago 3:13
 - Las implicaciones del *Ethos***
 - Guarda tu carácter
 - Predica la gracia
 - Predica con confianza
- < **Preguntas para revisión y discusión**
- < **Ejercicios**

OBJETIVO DEL CAPÍTULO 1

Comunicar qué tan importante es la predicación y qué es realmente importante en la predicación.

Palabra y testimonio

La nobleza de la predicación

Es mi oración que “Dios les haga conocer plenamente Su voluntad con toda sabiduría y comprensión espiritual, para que vivan de manera digna del Señor, agradándole en todo. Esto implica dar fruto en toda buena obra, crecer en el conocimiento de Dios”. La oración de todo predicador que ama la Palabra de Dios y al pueblo de Dios debe reflejar esta oración del apóstol Pablo por la iglesia en Colosas (Col 1:9-10). Oramos también para que Dios use nuestra predicación para producir tal conocimiento de la voluntad de Dios que otros vivan para agradarle y den frutos espirituales, dando lugar a un conocimiento cada vez mayor de su Dios. Estas prioridades indican que la meta de la predicación no es simplemente impartir información —adquirir conocimiento por amor al conocimiento solo “envanece” (1Co 8:1)— sino proveer los medios de transformación ordenados por un Dios soberano que afectarán las vidas y destinos de almas eternas que están bajo el cuidado espiritual del predicador.

Las riquezas de la Palabra de Dios no son el tesoro privado de nadie, y cuando compartimos su riqueza participamos en sus más altos propósitos. Ya sea que estés estudiando en un seminario, en un instituto bíblico o siguiendo un programa de lectura personal, estos serán más provechosos cuando te des cuenta de cómo cada elemento te prepara para predicar con exactitud y autoridad para el crecimiento en la gracia de los demás. Toda disciplina bíblica cumple un propósito supremo cuando la utilizamos no solo para enriquecer nuestras mentes sino para promover las prioridades

del evangelio. Es por esto que, por más de un cuarto de siglo, Robert G. Rayburn enseñó a sus estudiantes del seminario que “Cristo es el único Rey de sus estudios, pero la homilética es la reina”.

Elevar la predicación a un pedestal tan alto puede intimidar hasta al estudiante más comprometido de la Escritura. Es probable que no exista un predicador concienzudo que no se haya preguntado si esta noble tarea es más grande que el siervo humilde que se atreve a poner un pie detrás del púlpito. Cuando nos enfrentamos a personas reales con almas eternas que se balancean entre el cielo y el infierno, la nobleza de la predicación nos impresiona y nos hace más conscientes de nuestras insuficiencias (ver 1Co 2:3). Sabemos que nuestras habilidades son insuficientes para una actividad con consecuencias tan vastas. Reconocemos que nuestros corazones no son suficientemente puros para guiar a otros a la santidad. Una evaluación honesta de nuestro conocimiento conduce a la inevitable conclusión de que no tenemos la elocuencia ni la sabiduría que lleva a la gente de la muerte espiritual a la vida eterna. Entender esta realidad puede causar que los predicadores jóvenes le huyan a su primera tarea de predicación y traer desesperanza a los pastores que ya tienen tiempo en el púlpito.

El poder en la Palabra

Lo que necesitamos al enfrentar los límites de nuestra efectividad personal en una época que cuestiona cada vez más la validez de la predicación es un recordatorio del diseño de Dios para la transformación espiritual. A fin de cuentas, la predicación logra sus propósitos espirituales no por las habilidades del predicador, sino por el poder de la Escritura proclamada (1Co 2:4-5). Los predicadores ministran con mayor celo, confianza y libertad cuando se dan cuenta de que Dios no está confiando en nuestro oficio ni en nuestro carácter para lograr Sus propósitos (2Co 3:5). Ciertamente Dios puede usar la elocuencia y desea que nuestras vidas reflejen la santidad que predicamos, pero Su Espíritu usa Su misma Palabra para llevar a cabo Su agenda de salvación y santificación. Los esfuerzos humanos de los mejores predicadores siguen siendo insuficientes y están demasiado contaminados por el pecado como para ser responsables de los destinos eternos de otros. Por esta razón, Dios infunde Su Palabra con Su propio poder espiritual. Lo que transforma corazones no es la capacidad del mensajero, sino la eficacia de la verdad de Dios.

El poder de Dios en la Palabra

No entendemos exactamente cómo es que la verdad de Dios convierte a las almas y cambia vidas, pero debemos tener una idea de las dinámicas que nos dan esperanza al predicar. La Biblia dice claramente que la Palabra no solamente es poderosa, sino que no tiene rival ni depende de nada. La Palabra de Dios

crea: “Y dijo Dios: ¡Que exista la luz! Y la luz llegó a existir” (Gn 1:3).

“... porque Él habló, y todo fue creado; dio una orden, y todo quedó firme” (Sal 33:9).

controla: “Envía Su palabra a la tierra; Su palabra corre a toda prisa.

Extiende la nieve cual blanco manto, esparce la escarcha cual ceniza.

Deja caer el granizo como grava.... Pero envía Su palabra y lo derrite”

(Sal 147:15-18).

convence: “... el que reciba Mi palabra, que la proclame con fidelidad...

¿No es acaso Mi palabra como fuego, y como martillo que pulveriza la roca?” (Jer 23:28-29).

ejecuta Sus propósitos: “Así como la lluvia y la nieve descienden del cie-

lo, y no vuelven allá sin regar antes la tierra... así es también la palabra

que sale de Mi boca: No volverá a Mí vacía, sino que hará lo que Yo deseo y cumplirá con Mis propósitos” (Is 55:10-11).

prevalece sobre la debilidad humana: Mientras estaba en prisión, el

apóstol Pablo se regocijaba porque ya fuera que se predicara la Pa-

labra “con motivos falsos o con sinceridad”, la obra de Dios seguía

avanzando igualmente (Fil 1:18).

La descripción que hacen las Escrituras de su propia potencia nos reta a siempre recordar que es la Palabra predicada, no la *predicación* de la Palabra, la que lleva a cabo los propósitos de Dios. La predicación que es fiel a la Escritura convierte, convence y cambia eternamente las almas de hombres y mujeres porque el instrumento de compulsión divina es la Palabra de Dios, no porque los predicadores tengan algún poder transformador en sí mismos para estimular tales transformaciones piadosas (aunque los poderes humanos pueden ciertamente producir todo tipo de cambios en el mundo, incluyendo aquellos que se disfrazan de productos celestiales).

El poder de la Palabra manifestado en Cristo

Dios revela plenamente el poder dinámico de Su Palabra en el Nuevo Testamento, donde identifica a Su Hijo como el *Logos* o Verbo divino (Jn 1:1). Al identificar a Jesús como Su Palabra, Dios indica que Su mensaje y Su persona son inseparables. La Palabra lo encarna a Él. Esto no quiere decir que las letras y el papel de una Biblia son divinos, sino que las verdades que contiene la Escritura son el medio que Dios usa para manifestar Su persona y Su presencia a Su pueblo.

La Palabra de Dios es poderosa porque Él ha escogido ejecutar Su poder a través de ella y estar presente en ella. Dios hizo el mundo por medio de Su Palabra (Gn 1), y Jesús es la Palabra por medio de la cual “fueron creadas todas las cosas” (Col 1:16; ver Jn 1:3), y Él continúa “sosteniendo todas las cosas con Su palabra poderosa” (Heb 1:3). La Palabra usa Su Palabra para llevar a cabo todos Sus propósitos.

El poder redentor de Cristo y el poder de Su Palabra se unen en el Nuevo Testamento, pues el *Logos* (la Palabra encarnada de Dios) y el *logos* (la Palabra escrita acerca de Dios) forman una identidad conceptual. Así como la obra de la Creación se produjo por medio de la Palabra hablada de Dios, de la misma manera la obra de la nueva creación (es decir, la redención) se produce por medio de la Palabra viva de Dios. Santiago dice: “Por Su propia voluntad nos hizo nacer mediante la palabra de verdad” (Stg 1:18). La frase “palabra de verdad” refleja el mensaje acerca de la salvación y a Aquel que produce el nuevo nacimiento. El mismo juego de palabras es usado por Pedro: “Pues ustedes han nacido de nuevo, no de simiente perecedera, sino de simiente imperecedera, mediante la palabra de Dios que vive y permanece” (1P 1:23). En estos pasajes, el mensaje y el ministerio de Cristo están unificados. Él es la Palabra de Dios a través de la cual hemos nacido de nuevo.

Por lo tanto, no es meramente prosaico insistir en que un predicador fiel debe servir al texto. Puesto que la Palabra es la presencia mediata de Cristo, el servicio es obligatorio. Pablo instruye correctamente al joven pastor Timoteo a ser un obrero “que interpreta rectamente la palabra de verdad” (2Ti 2:15) porque la Palabra de Dios es “viva y poderosa” (Heb 4:12). La verdad de las Escrituras no es un objeto pasivo para examinar y presentar. La Palabra nos examina a nosotros, pues “juzga los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb 4:12). Cristo sigue activo en

Su Palabra, realizando tareas divinas que uno que presenta la Palabra no tiene el derecho ni la habilidad personal para asumir. La predicación es un acto redentor en el que Cristo mismo ministra a Su pueblo a través de Su Espíritu, abriendo y transformando sus corazones con la verdad que ese mismo Espíritu inspiró en las páginas de las Escrituras.

Estas perspectivas sobre la Palabra de Dios culminan en el ministerio del apóstol Pablo. A pesar de que este misionero estudioso no era reconocido por su experiencia en el púlpito, él escribió: “A la verdad, no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen” (Ro 1:16). Los estudiantes de griego elemental aprenden rápidamente que la palabra “poder” en este versículo es *dunamis*, de donde obtenemos la palabra “dinamita”. La fuerza del evangelio reside más allá del poder del predicador. Pablo predica sin avergonzarse de sus habilidades expositivas porque confía en que el Espíritu de Dios usará la Palabra proclamada para romper la dureza del corazón humano en formas que no serían posibles con ninguna técnica de escenario ni estructura filosófica.

En algunas formas, todo el proceso parece ridículo. El sentido común se rebela en contra de la idea de que destinos eternos cambiarán simplemente porque predicamos un texto antiguo. Cuando Pablo elogia la locura de la predicación —no la predicación alocada— él reconoce la aparente insensatez de tratar de transformar actitudes, estilos de vida, perspectivas filosóficas y compromisos de fe con meras palabras acerca de un rabí crucificado (ver 1Co 1:21). Aun así la predicación ha permanecido y el evangelio se ha seguido propagando porque el Espíritu Santo usa los esfuerzos de humanos débiles como el conducto para la fuerza de Su propia Palabra. A través de la bendición del Espíritu de Dios, la Palabra nos transforma (es decir, provoca que nuestros corazones amen a Dios y que nuestras voluntades busquen Su voluntad).

Cada año les cuento a los estudiantes nuevos del seminario sobre una ocasión en la que la realidad del poder de la Palabra me golpeó con una fuerza excepcional. La obra del Señor me abrumó cuando entré a una clase para nuevos miembros en nuestra iglesia. En la primera fila estaban tres muchachas jóvenes —las tres eran primas. Aunque habían prometido venir a la clase, la realidad de que estuvieran allí me sacudió.

En años anteriores, cada una de estas mujeres se había acercado a nuestra iglesia pidiendo ayuda por problemas serios. Conocí a la primera después de que ella dejó a su esposo por su alcoholismo. Era alguien que solo venía a la iglesia los Domingos de Resurrección y que había expresado claramente su falta de interés en la “religión”, pero regresó buscando ayuda después de que ella se fue. Su esposo comentó que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para que ella regresara. Vinieron a consejería juntos. Él superó su problema con la bebida. Ellos se reunieron, y ahora ella quiere ser parte de nuestra familia de la fe.

La segunda prima también había huido de su matrimonio y había regresado buscando ayuda por sugerencia de la primera prima. Ella era víctima de abuso conyugal y terminó refugiándose en los brazos de un hombre que no era su esposo. Aunque ninguno de los hombres buscaba a Dios, nuestro ministerio la acercó a Cristo. Incluso después de que su esposo se fue tras otras mujeres, ella dejó a su amante y se sometió a la voluntad de Dios.

La última prima también estaba casada, pero ella trabajaba como vendedora itinerante y estaba viviendo con varios hombres como si cada uno fuera su marido. Uno de sus sobrinos tuvo un accidente, y al ser testigo del cuidado de los cristianos por el joven y por ella (aún cuando ella misma había mostrado hostilidad al principio), ella encontró un amor que sus encuentros sexuales no le habían dado. Ahora, también ella había venido a formar parte de la familia de Dios.

La presencia de estas tres primas en una clase de membresía de la iglesia era un milagro. Qué tonto sería pensar que las meras palabras que les había dicho podían ser la razón de sus decisiones. Ninguna cantidad de convencimiento humano podía haberlas vuelto de su egoísmo, de su búsqueda de placer ni de sus estilos de vida destructivos a un compromiso eterno con Jesús el Cristo. Sus corazones hostiles a la Palabra de Dios ahora querían comunión con Él sencillamente porque los cristianos les habían comunicado la verdad de Dios con amor y fidelidad.

Dios sacó a tres almas de un remolino infernal de confusión familiar, traición conyugal y pecado personal por medio de Su Palabra. Sin embargo, por más improbables que parezcan estos eventos, se explican fácilmente. El Señor usa la verdad de Su Palabra para cambiar los corazones. En los términos de la Escritura, estas primas “se convirtieron a Dios dejando los ídolos

para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar del cielo a Jesús” no por las habilidades de algún predicador sino por el poder de la Palabra (1Ts 1:9-10).

Cuando los predicadores perciben el poder que tiene la Palabra, aumenta su confianza en su llamado y disminuye su orgullo por su desempeño. No tenemos que preocuparnos por nuestra ineffectividad cuando comunicamos las verdades con las que Dios lleva a cabo Sus propósitos. Al mismo tiempo, actuar como si nuestros talentos fueran responsables por el cambio espiritual es como un mensajero reclamando crédito por haber terminado una guerra cuando solamente entregó los documentos de paz. El mensajero tiene una noble tarea que cumplir, pero cuando proclama sus logros personales pone en peligro su misión y minimiza al verdadero vencedor. El crédito, el honor y la gloria por los efectos de la predicación pertenecen solo a Cristo porque solo Su Palabra salva y transforma.

El poder de la Palabra aplicado en la predicación

LA PREDICACIÓN EXPOSITIVA PRESENTA EL PODER DE LA PALABRA

El hecho de que el poder para el cambio espiritual reside en la Palabra de Dios promueve la causa de la predicación *expositiva*. La predicación expositiva intenta presentar y aplicar las verdades de un pasaje bíblico específico. (Ver la definición más amplia que se encuentra debajo y en el capítulo 6.) Existen otros tipos de predicación que proclaman la verdad bíblica y que son válidos y valiosos, pero para el predicador principiante y para la dieta congregacional regular, no un tipo de predicación más importante que la expositiva.

La exposición bíblica une al predicador y a los oyentes a la única fuente de verdadero cambio espiritual. Debido a que los corazones son transformados cuando la gente es confrontada con la Palabra de Dios, los predicadores expositivos están comprometidos a decir lo que Dios dice. El predicador expositivo abre la Biblia ante el pueblo de Dios y se atreve a decir: “Voy a explicarles lo que significa este pasaje”. Las palabras no tienen la intención de transmitir la autoridad del predicador, sino que más bien llevan al predicador a confesar humildemente que no tiene mejor palabra que la Palabra de Dios. Por tanto, la misión y el llamado del predicador es explicar al pueblo de Dios lo que la Biblia quiere decir.

La manera más confiable de explicar lo que la Biblia quiere decir es seleccionar un texto bíblico en oración, dividirlo según sus ideas y características más significativas, y luego explicar la naturaleza e implicaciones de cada una. Explicar el texto según la intención del autor también requiere que no nos saltemos porciones del pasaje ni omitamos características de su contexto que deben ser entendidas de tal forma que los principios que el pasaje está enseñando sean comprendidos. *Un sermón expositivo puede ser definido como un mensaje cuya estructura e ideas son derivadas del texto bíblico, cubriendo el texto en toda su extensión para explicar cómo las características y el contexto revelan principios perdurables que el Espíritu, quien inspiró el texto, quiso revelar para que podamos pensar, vivir y adorar fielmente.* El sermón expositivo usa las características del texto y su contexto para explicar lo que significa determinada porción de la Biblia y cuál es su relevancia para nosotros hoy.

Como predicadores expositivos, nuestra meta final no es comunicar el valor de nuestras opiniones, las filosofías de otros ni meditaciones especulativas, sino mostrar cómo la Palabra de Dios revela Su voluntad para aquellos que están unidos a Él a través de Su Hijo. El predicador se preocupa y esfuerza por proclamar las verdades de Dios de tal forma que la gente pueda ver que los conceptos se derivan de la Escritura y aplican a sus vidas. Tal predicación pone a la gente en contacto inmediato con el poder de la Palabra.

LA PREDICACIÓN EXPOSITIVA PRESENTA LA AUTORIDAD DE LA PALABRA

La predicación aborda una de las búsquedas perpetuas del ser humano: la búsqueda de autoridad y significado. Aunque vivimos en una era que es hostil a la autoridad, la lucha diaria por experimentar sentimientos de relevancia, seguridad y aceptación obliga a cada individuo a preguntarse: “¿Quién tiene derecho a decirme qué hacer?”. Esta pregunta, típicamente planteada como un reto, es realmente una súplica por ayuda. Sin una autoridad suprema respecto a la verdad, no hay esfuerzo humano que tenga valor, y la vida misma se vuelve fútil. Las tendencias modernas en la predicación que niegan la autoridad de la Palabra en nombre de la sofisticación intelectual conducen a un subjetivismo en el cual la gente hace lo que cree que es correcto según su propio criterio —un estado cuya inutilidad ha sido expresada claramente en las Escrituras (Jue 21:25).

La respuesta al relativismo radical de nuestra cultura y a las incertidumbres que lo acompañan es la afirmación de autoridad de la Biblia. Pablo elogió a los cristianos de Tesalónica porque ellos aceptaron su mensaje “no como palabra humana sino como lo que realmente es, palabra de Dios, la cual actúa en ustedes los creyentes” (1Ts 2:13). La afirmación de las Escrituras y la premisa de la predicación expositiva es que Dios ha hablado en Su Palabra. Hace tiempo Agustín simplemente resumió: “Cuando la Biblia habla, Dios habla”. En consecuencia, la tarea de la predicación expositiva es comunicar lo que Dios dejó en las Escrituras a fin de darle al pueblo de Dios Su verdad para su época. Tal esfuerzo no es una adherencia ciega a un dogma fundamentalista, sino más bien un compromiso con una fuente que tanto la fe como la razón confirman es el único fundamento de la esperanza humana —ya que sin una fuente de trascendencia y certeza, desaparecen todos los fundamentos para la sociedad, la identidad y la sanidad.

Sin la autoridad de la Palabra, la predicación se vuelve una búsqueda incesante de temas, terapias y técnicas que conseguirán aprobación, promoverán aceptación, impulsarán una causa o apaciguarán la preocupación. La razón humana, las agendas sociales, los consensos populares y las convicciones morales personales llegan a ser los recursos de la predicación que carece “la convicción histórica de que lo que dicen las Escrituras es lo que dice Dios”. Las opiniones y emociones que formulan el contenido de la predicación que carece de autoridad bíblica son las mismas fuerzas que pueden negar la validez de esos conceptos en una cultura cambiada, una generación posterior o un corazón rebelde. La predicación expositiva evita esta arena movediza al comprometer al predicador con tener la Palabra de Dios como fundamento.

Cuando predicamos, Dios es la verdadera audiencia de nuestros esfuerzos. Igualmente cierta, pero quizá más humillante y alentadora, es la convicción de que cuando hablamos las verdades de la Palabra de Dios, Dios habla (ver Lc 10:16). La Segunda Confesión Helvética de la Reforma Protestante dice: “La predicación de la Palabra de Dios es la Palabra de Dios”. La idea de que lo que sale de nuestras bocas es la Palabra de Dios suena arrogante, o hasta blasfemo. Aun así, lo que implica esta confesión es que, comparado con lo que Dios ha dicho, lo que tengamos que decir no tiene nada de importancia, mérito o autoridad. Por lo tanto, diseñamos

nuestros mensajes para expresar las verdades de la Palabra eterna. Cuando los predicadores se acercan a la Biblia entendiendo que es la Palabra de Dios, desaparecen las preguntas respecto a qué tenemos derecho a decir. Dios puede decirle a Su pueblo lo que deben creer y hacer, y lo ha hecho. Las Escrituras obligan a los predicadores a asegurarse de que otros entiendan lo que Dios dice. No tenemos autoridad bíblica para decir nada más. Es verdad que nuestras expresiones están condicionadas culturalmente, pero la trascendencia de la verdad de Dios y los privilegios de llevar la imagen divina en nuestra naturaleza hacen posible que recibamos y comuniquemos Su Palabra.

Los únicos predicadores que tienen el sello de la Biblia en su predicación son los que están comprometidos a proclamar lo que Dios dice. Por lo tanto, la predicación expositiva se esfuerza por descubrir y transmitir el significado preciso de la Palabra. Las Escrituras determinan lo que predican los expositores porque ellos simplemente exponen lo que estas dicen. *El significado del pasaje es el mensaje del sermón.* El texto gobierna al predicador. Los predicadores expositivos no esperan que otros honren sus opiniones. Tales ministros se adhieren a las verdades de las Escrituras y esperan que sus oyentes presten atención a lo mismo.

LA PREDICACIÓN EXPOSITIVA PRESENTA LA OBRA DEL ESPÍRITU

Las expectativas de los predicadores expositivos están basadas en las verdades de la Biblia. Si la elocuencia y la oratoria no pueden producir una transformación espiritual, entonces ¿quién es el único que puede cambiar los corazones? Los líderes de la Reforma Protestante contestaron: “El Espíritu Santo obrando con y a través de la Palabra en nuestros corazones”. La Palabra de Dios es la espada del Espíritu (Ef 6:17; ver Hch 10:44; Ef 1:13). El medio extraordinario pero común por el que Dios transforma vidas es Su Palabra, la cual está acompañada por el poder regenerador, convincente y habilitador de Su Espíritu.

Cuando proclamamos la Palabra, promovemos la obra del Espíritu Santo en las vidas de otros. Ninguna verdad nos da mayor estímulo en nuestra predicación ni mayor motivo para esperar resultados de nuestros esfuerzos. La obra del Espíritu está tan inextricablemente ligada a la predicación como el calor a la luz que sale de un foco. Cuando presentamos la

luz de la Palabra de Dios, Su Espíritu lleva a cabo Sus propósitos de avivar, ablandar y conformar corazones a Su voluntad.

El Espíritu Santo usa nuestras palabras, pero es Su obra, no la nuestra, la que afecta los rincones ocultos de la voluntad humana. Pablo escribió: “Dios... hizo brillar Su luz en nuestro corazón para que conociéramos la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Cristo. Pero tenemos este tesoro en vasijas de barro para que se vea que tan sublime poder viene de Dios y no de nosotros” (2Co 4:6-7). La gloria de la predicación es que Dios cumple Su voluntad a través de ella, pero somos siempre humillados y ocasionalmente confortados al saber que Él obra a pesar de nuestras limitaciones humanas. El nuestro es solo el segundo sermón; el primero y el último son aquellos del Espíritu Santo, quien primero dio Su Palabra y la vivifica en los corazones de los oyentes. Predicadores fieles de todas las generaciones han orado por lo que una vez se llamó “unción”, la obra del Espíritu Santo que acompaña a la Palabra con una bendición espiritual que va más allá de los pensamientos y talentos personales del predicador, para ablandar y moldear los corazones de los oyentes a través del mensaje bíblico con el poder transformador de Dios.

Estas verdades retan a los predicadores a realizar su tarea con un sentido profundo de dependencia en el Espíritu de Dios. El ministerio visible que es fiel a los propósitos de Dios requiere mucha oración en privado. No debemos esperar que nuestras palabras den a conocer a otros el poder del Espíritu si nosotros mismos no nos hemos encontrado con Él. Los predicadores fieles le suplican a Dios que obre también en su propia precisión, integridad y habilidad al proclamar Su Palabra. El éxito en el púlpito puede ser una fuerza que desvía al predicador de la dependencia del Espíritu en oración. Los elogios congregacionales por la excelencia en el púlpito pueden tentar a alguno a confiar demasiado en sus dones personales, en las habilidades que ha adquirido o en un método particular de predicación. Sucumbir ante tal tentación no se evidencia tanto en la teoría del predicador, sino en su práctica. La negligencia en la oración es una señal de que hay deficiencias serias en un ministerio, aun cuando no hayan disminuido otras señales de éxito. Siempre debemos recordar que la popularidad no es lo mismo que la efectividad espiritual.

Las dimensiones espirituales de la predicación socavan mucho de lo que pudieras ser tentado a creer acerca de este libro —que si aprendes a hablar lo suficientemente bien, puedes ser un gran predicador. ¡No es verdad! No permitas que el énfasis necesario de este libro, los comentarios de otros ni los deseos de tu propio corazón te lleven por mal camino. Tener grandes dones no conduce necesariamente a una predicación extraordinaria. Puede que la excelencia técnica de tu mensaje dependa de tus habilidades, pero la eficacia de tu mensaje depende de Dios.

La efectividad del testimonio

Tener fe en la obra de la Palabra de Dios y del Espíritu no significa que no tienes responsabilidad alguna. John Shaw predicó una vez en una ordenación: “Es cierto que Dios puede obrar por cualquier medio, incluso a través de un predicador escandaloso, dominante y egoísta, pero no es lo usual. Los zorros y los lobos no son los instrumentos que usa la naturaleza para generar ovejas. ¿Cómo pueden las almas ser bendecidas abundantemente si no es por pastores que predicán y viven en el poder del amor... controlados por una seriedad santa y viva? Uno debe usar fuego para encender un fuego”.

No hay necesidad de presumir de la bondad de Dios. Aunque el poder de la Palabra puede obrar a pesar de nuestra debilidad, no hay razón para poner obstáculos en su camino. En un sentido, la buena predicación requiere que nos hagamos a un lado para que la Palabra pueda hacer su obra. El comentario de Shaw nos recuerda lo que usualmente significa hacernos a un lado: predicar y vivir de tal manera que presentemos la Palabra de una forma clara y creíble.

Distinciones clásicas

El apóstol Pablo enseñó acerca de la eficacia inherente de la Palabra, pero también habló sobre su resolución personal de no poner piedra de tropiezo para el evangelio en el camino de nadie (2Co 6:3). Las distinciones retóricas de Aristóteles, aunque no son inspiradas, nos pueden ayudar a entender los componentes básicos de todo mensaje que predicamos de tal forma que no causemos que otros tropiecen innecesariamente por lo que decimos o por la forma en que lo hacemos.

En la retórica clásica, hay tres elementos que componen todo mensaje persuasivo:

logos: el contenido verbal del mensaje, incluyendo su arte, organización y lógica.

pathos: las características emotivas del mensaje, incluyendo la pasión, el fervor y el sentimiento que el orador transmite y que el oyente experimenta.

ethos: el carácter percibido del orador, evaluado por los oyentes al ellos valorar la *credibilidad* y la *compasión* del orador en todo lo que hace, desde la claridad estructural a la elección de ilustración y hasta la coherencia de su vida con el mensaje. Incluso si el mensaje muestra una gran inteligencia, los oyentes tienden a desconfiar o a hacer caso omiso de un orador a quien no parecen importarles lo suficiente como para que el mensaje fuera accesible y útil. La creencia de Aristóteles (confirmada en incontables estudios modernos) era que el *ethos* es el componente más poderoso de la persuasión.

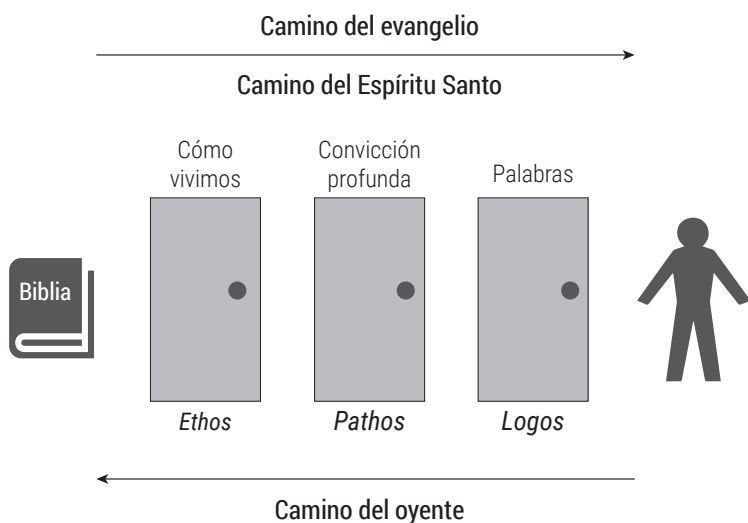
Cuando predicamos, los oyentes evalúan automáticamente cada uno de estos elementos de la persuasión para determinar cómo van a recibir las verdades que presenta el predicador. El entender esto debería convencer a los predicadores que quieren crear un acceso claro a la Palabra de que deben esforzarse por hacer que cada aspecto de su mensaje sea una puerta y no una barrera. Por ejemplo, a los hombres que viven en una cultura de héroes impasibles como Harrison Ford, Denzel Washington, Johnny Depp y Aragorn, puede que les sea difícil expresar sus emociones (*pathos*) cuando predicán. Sin embargo, no hablar con la convicción que amerita nuestro tema —parecer indiferente ante el gozo de la salvación o ante la triste realidad de las almas perdidas— es algo que le resta credibilidad a la Escritura.

Las expresiones genuinas de emoción que son fieles a nuestra personalidad son parte integral de nuestro testimonio de la verdad del mensaje —afirma que su impacto en nosotros es real. Hablar sin pasión o sin dolor, como si el evangelio no significara nada para el predicador, es básicamente negar su relevancia para los oyentes. Si los sermones fueran solo ensayos sobre doctrina, entonces nuestras computadoras podrían presentarlos

mejor que nosotros. Pero las realidades y las relaciones de nuestro mundo requieren que conectemos la mente y el corazón, la vida y la lógica, la verdad y el amor en la proclamación de la Palabra de Dios.

Pablo refleja la importancia de cada componente de la persuasión en su primera carta a los tesalonicenses (ver fig. 1.1). Aunque sus términos no son los de Aristóteles, reflejan algunas características de las categorías retóricas clásicas y nos recuerdan que una lógica bien elaborada (aunque es importante) no comunica el evangelio de manera efectiva si el corazón y el carácter del predicador no son coherentes con sus verdades. Pablo deja claro que aunque el Espíritu Santo forja el camino del evangelio, los oyentes avanzan hacia la confrontación con la Palabra a través de las puertas que abre el predicador con el mensaje. Es significativo que Pablo cita cómo su propia vida afecta la recepción del mensaje, dando así credibilidad bíblica a la idea de que el *ethos* es una fuerza poderosa en el proceso ordinario de la persuasión espiritual.

FIGURA 1.1
Componentes de un mensaje centrado en el evangelio



Nuestro evangelio no vino a ustedes solamente en **palabras** [*logos*], sino también en poder y en el Espíritu Santo y con **plena convicción** [*pathos*]; como saben qué clase de personas **demostramos ser** [*ethos*] entre ustedes por el amor que les tenemos (1Ts 1:5, NBL).

Pablo cita su conducta y su compasión no solo como evidencias de su “plena convicción”, sino también como fuentes integrales del “poder” de su mensaje. Aunque este libro sobre el método homilético se enfoca necesariamente en los elementos del *logos* y *pathos* en la predicación, el énfasis propio de la Biblia nos recuerda que el carácter pastoral sigue siendo el fundamento del ministerio. La gloria terrenal de la predicación puede ser la elocuencia, pero su latir eterno es la fidelidad.

La famosa observación de Phillips Brooks de que la predicación es “la verdad vertida a través de la personalidad” refleja tanto los principios bíblicos como el sentido común. Muchos hemos escuchado la frase: “Tus acciones hablan tan fuerte que no puedo escuchar lo que dices”. Estas palabras simplemente reflejan una sabiduría superior que exhorta a los líderes cristianos a comportarse “de una manera digna del evangelio de Cristo” (Fil 1:27). Nuestra predicación debe reflejar la unicidad de nuestras personalidades, pero nuestras vidas deben reflejar a Cristo para que Su mensaje sea propagado sin obstáculos.

Corroboración bíblica

Un buen número de pasajes bíblicos confirman la importancia del *ethos* para la proclamación efectiva. Empezando por los principales pasajes sobre la teología pastoral, con énfasis añadido, los siguientes textos conectan la calidad de la predicación con la calidad del carácter y la conducta del predicador.

1 TESALONICENSES 2:3-8, 11-12

Nuestra exhortación no se origina en el error ni en malas intenciones, ni procura engañar a nadie. Al contrario, hablamos como hombres a quienes Dios aprobó y les confió el evangelio; no tratamos de agradar a la gente, sino a Dios, que examina nuestro corazón. Como saben, nunca hemos recurrido a las adulaciones ni a las excusas para obtener dinero; Dios es testigo. Tampoco hemos buscado honores de nadie; ni de ustedes ni de otros. Aunque como apóstoles de Cristo hubiéramos podido ser exigentes con ustedes, los tratamos con delicadeza. Como una madre que amamanta y cuida a sus hijos, así nosotros, por el cariño que les tenemos, *nos deleitamos en compartir con ustedes no solo el evangelio de Dios, sino también nuestra vida...*

Saben también que a cada uno de ustedes lo hemos tratado como trata un padre a sus propios hijos. Los hemos animado, consolado y exhortado a llevar una vida digna de Dios, que los llama a Su reino y a Su gloria.

2 TIMOTEO 2:15-16, 22-24

Esfuézate por presentarte a Dios *aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse* y que interpreta rectamente la palabra de verdad. Evita las palabrerías profanas, porque los que se dan a ellas se alejan cada vez más de la vida piadosa...

Huye de las malas pasiones de la juventud, y esmérate en seguir la justicia, la fe, el amor y la paz, junto con los que invocan al Señor con un corazón limpio. No tengas nada que ver con discusiones necias y sin sentido, pues ya sabes que terminan en pleitos. Y un siervo del Señor no debe andar peleando; más bien, debe ser amable con todos, capaz de enseñar y no propenso a irritarse.

TITO 2:7-8

Con tus buenas obras, dales tú mismo *ejemplo* en todo. Cuando enseñes, hazlo con integridad y seriedad, y con un mensaje sano e intachable.

2 CORINTIOS 6:3-4

Por nuestra parte, a nadie damos motivo alguno de tropiezo, para que no se desacredite nuestro servicio. Más bien, en todo y con mucha paciencia *nos acreditamos como servidores de Dios: en sufrimientos, privaciones y angustias*.

SANTIAGO 1:26-27

Si alguien se cree religioso pero no le pone freno a su lengua, se engaña a sí mismo, y su religión no sirve para nada. La religión pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre es esta: atender a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y conservarse limpio de la corrupción del mundo.

SANTIAGO 3:13

¿Quién es sabio y entendido entre ustedes? *Que lo demuestre* con su buena conducta, mediante obras hechas con la humildad que le da su sabiduría.

Las implicaciones del ethos

GUARDA TU CARÁCTER

La influencia del testimonio del predicador en la aceptación de un sermón requiere que su vida esté gobernada por la Escritura. Con una sinceridad imperturbable, John Wesley explicó una vez a un protegido agobiado por qué su ministerio carecía de poder: “Tu temperamento es inestable, careces de amor por tu prójimo. Te enojas fácilmente; tu lengua tiene demasiado filo —en consecuencia, la gente no te escucha”. La honestidad de Wesley refleja la advertencia bíblica y nos reta a cada uno de nosotros a cuidar nuestro carácter si deseamos ser efectivos con la Palabra.

El verdadero carácter no puede esconderse, aunque sí puede disimularse por un tiempo. Nuestro carácter sale solo en nuestros mensajes. Así como las personas revelan lo que son por medio de sus palabras y sus gestos cuando conversan, nosotros siempre estamos revelando lo que somos en nuestras predicaciones. Con el tiempo las palabras, los temas, los ejemplos y el tono que usamos revelan lo que hay en nuestros corazones sin importar qué tan bien pensemos que hemos ocultado nuestras verdades más profundas en la exposición pública. El interior siempre está a la vista. La gente capta más de lo que puede demostrar por la forma en que nos presentamos a nosotros mismos en las maneras más inadvertidas.

Con el entendimiento adquirido después de muchos años de experiencia en la predicación, Haddon Robinson resume:

Por más que deseemos lo contrario, no podemos separarnos del mensaje. ¿Quién no ha oído a algún hermano devoto orar antes del sermón: “Esconde a nuestro pastor detrás de la cruz para que no lo veamos a él sino solo a Cristo”? Alabamos el espíritu de tal oración... pero no hay lugar donde se pueda esconder un predicador. Ni siquiera un púlpito grande puede ocultarnos de la vista de todos... Nosotros afectamos nuestro mensaje. Podemos articular una idea bíblica, pero aun así podemos sonar tan impersonales como una grabación telefónica, tan superficiales como un comercial de radio, o tan manipuladores como un estafador. La audiencia no escucha un sermón, ellos escuchan a una persona —te escuchan a ti.

Ninguna verdad exhorta más fuerte a la santidad pastoral que el vínculo entre el carácter de un predicador y la recepción de un sermón.

Si regresara a iglesias que he pastoreado, es improbable que la gente recuerde muchos detalles de mis sermones previos. Podrían recordar alguna ilustración particularmente vívida, la forma en que un versículo tuvo un efecto contundente en un momento de crisis en sus vidas, o la impresión que dejó algún mensaje específico en sus mentes. Sin embargo, ni una sola persona recuerda siquiera una docena de las miles de palabras que hablé a lo largo de años. La gente puede no recordar lo que dijimos, pero nos recordarán a *nosotros* y si nuestras vidas dieron o no credibilidad al mensaje de las Escrituras. Las impresiones que otros tienen de nuestras vidas son los videos que ellos repetirán en sus mentes para discernir si las verdades del evangelio que proclamamos son reales para nosotros —y así saber si pueden ser reales para ellos.

El ministerio efectivo está tan asociado al carácter del ministro que el teólogo John Sanderson aconsejó a la gente jugar beisbol con los candidatos que se estén entrevistando para la posición de pastor. “Cuando esté llegando a la segunda base,” dijo Sanderson (en tono de broma), “díganle que fue un ‘out’ a pesar de que llegó a tiempo”. ¡Luego vean qué sucede!”.

Por supuesto, nadie refleja el carácter de Cristo con la pureza que uno desearía. Es por eso que Dios no hace que los efectos de Su Palabra dependan de nuestras acciones. Pero como dijo el ministro del siglo dieciocho llamado George Campbell: “Cuando nuestra práctica se conforma a nuestra teoría, nuestra efectividad se triplica”. Esto no niega el poder extraordinario de la Palabra de Dios, sino que afirma que el patrón ordinario del Espíritu Santo para afirmar y promover los propósitos de Su Palabra es a través del testimonio de nuestras vidas. El gozo del ministro cristiano es servir a Dios de esta manera, y es un consuelo reconocer que si el Espíritu debe saltar por encima de la flaqueza humana para llegar al corazón de otros con la suficiencia de la Palabra, ciertamente puede hacerlo. En el curso de nuestros ministerios, frecuentemente será necesario que lo haga.

Quizá la mayoría de nosotros hemos experimentado la influencia del carácter pastoral en un sermón cuando hemos visitado la iglesia de algún amigo para escuchar “los maravillosos mensajes” del predicador, y en su lugar hemos escuchado mediocridad. El amor y confianza que le tiene

nuestro amigo al pastor generaron un aprecio por el sermón y eclipsaron su debilidad. El carácter y la compasión de un ministro determinan la calidad del mensaje escuchado más que las características del mensaje predicado.

PREDICA LA GRACIA

El énfasis bíblico en el carácter del predicador es innegable, pero nos aterra a la hora de ministrar. Después de todo, ¿quién cumple con el estándar de santidad que amerita la proclamación del evangelio? (Y si crees que lo has alcanzado, entonces estás *muy* lejos.) Si no destacamos la gracia necesaria para hacer y proclamar la voluntad de Dios, será inútil exhortar a que se cumplan los requisitos. Como humanos, debemos esforzarnos por vivir en santidad, pero no somos capaces de producir santidad por nosotros mismos. La rectitud abnegada y el amor sacrificial nunca son autoinducidos. Los intentos de conformar nuestro carácter a los requerimientos de Dios por medio de nuestras acciones es tan arrogante como tratar de salvar almas con nuestros talentos. Para ser predicadores poderosos tenemos que familiarizarnos muy bien con la gracia que requiere nuestro carácter.

El énfasis en el poder del *ethos* sin la dependencia en la misericordia de Dios tiene el potencial de llevar a los predicadores ya sea a la arrogancia o a la desesperación. Aunque es cierto que una vida llena de pecados ocultos y la falta de arrepentimiento afectan nuestra transmisión del evangelio, también es cierto que el enorgullecernos por nuestra “superioridad moral” es contraproducente si predicamos que nuestra fe debe descansar únicamente en Cristo. En contraste, algunos predicadores se sienten tan culpables por su inhabilidad de vivir intachablemente que no pueden subir al púlpito sin tropezar con montañas de autoacusación. Este tipo de pensamientos, que el alma asimila como celo espiritual, hace que muchos predicadores se priven a sí mismos y priven a los demás de un profundo y auténtico entendimiento de la eficacia y la suficiencia de la sangre de Cristo.

Debes conocer la gracia para poder predicarla. No importa lo maravillosa que sea tu habilidad o la cantidad de elogios que recibas, es poco probable que guíes a otros a estar más cerca de Dios si tu corazón no refleja la obra continua del Salvador en tu vida. Un testimonio que refuerza el mensaje del evangelio no es meramente una cuestión de conducta pública. Es el producto de la meditación constante en el evangelio que ocurre en

privado, pues esta conforma nuestro carácter y nuestro corazón por medio del arrepentimiento diario y la dependencia continua en la gracia de Dios. Mientras más llenemos nuestras mentes de la maravilla de la gracia, mayor será nuestro deseo de vivir para Cristo, y mayor será la experiencia de Su presencia y poder cuando prediquemos. Cuando Jack Miller nos anima a “predicar el evangelio a nuestros propios corazones”, no lo dice solo para que nuestras almas sean consoladas cada día, sino para que nuestras mentes y corazones rebosen con la gracia que el pueblo de Dios necesita escuchar de nosotros.

Los ministros que están enfocados en la gracia reconocen que sus oraciones privadas deben incluir el arrepentimiento diario, confiesan a otros la ayuda divina que los fortalece para cumplir sus resoluciones, obedecen a Dios en gratitud amorosa por el perdón y el futuro que tienen en Cristo, modelan la humildad que debe tener todo pecador, expresan el valor y la autoridad de alguien que confía en la provisión del Salvador, reflejan el gozo de la salvación que es solo por la fe, reflejan el amor que sus almas han recibido, y sirven sin ninguna pretensión de mérito personal.

El que predica sin un enfoque en la gracia se concentra en medios para ganar la aceptación divina, en demostraciones de justicia personal y en comparaciones con aquellos que son “menos santos”. El que predica con un enfoque en la gracia se concentra en responder a la misericordia de Dios con una gratitud amorosa, una adoración gozosa, un servicio humilde y un testimonio cuidadoso del amor del Salvador.

La necesidad de la gracia en una predicación balanceada apunta inevitablemente al predicador y al oyente hacia la obra de Cristo como el único centro adecuado de un sermón. La predicación Cristocéntrica no es meramente evangelística, ni está confinada a unos pocos relatos de los Evangelios. Esta percibe toda la Escritura como reveladora del plan redentor de Dios y ve cada pasaje dentro de este contexto —un patrón que Jesús mismo introdujo (Lc 24:27). Más adelante hablaremos más sobre esto, pero ahora lo importante es entender que nuestra unión con Cristo es el fin de la obediencia bíblica y el medio para la misma (Ro 6:1-14; Fil 2:1-5). En consecuencia, la Biblia pide que construyamos nuestros mensajes de tal forma que revelen la gracia que es el mayor fundamento de todo texto, lo que nos capacita para toda obediencia y la única fuente de santidad verdadera.

Si no entendemos nuestra necesidad de depender diariamente de la gracia, tenemos muy poca esperanza de reflejar el carácter que respalda la integridad de nuestros mensajes. Descubrir el contexto redentor de cada texto nos permite usar toda la Biblia para discernir la gracia que necesitamos para predicar y para vivir de tal manera que guiemos a otros a una relación más íntima con el Señor. Joseph Ruggles Wilson, ministro presbiteriano del siglo diecinueve y padre de Woodrow Wilson, aconseja: “Conviértete en lo que predicas y luego predica a Cristo en ti”. Sus palabras nos recuerdan que el Redentor que nos santifica, nos une y nos conforma a Su imagen para ratificar Su mensaje no puede ser descuidado en nuestros sermones. La Palabra y el testimonio están íntimamente ligados en la predicación que es digna del evangelio de Cristo.

Sin un enfoque redentor, podemos creer que hemos hecho una exégesis de la Escritura cuando de hecho solo hemos traducido sus partes y analizado sus piezas sin referencia al rol que tienen en el plan eterno de Dios. Juan Calvino dijo: “Dios ha ordenado que Su Palabra sea el instrumento a través del cual recibamos a Jesucristo, con todas Sus gracias”. Tal proceso no ocurre cuando los pasajes de la Escritura son arrancados de su contexto redentor y son vistos como meros ejemplos morales y pautas de conducta. La gracia es lo que mantiene nuestro carácter fiel a Dios, nuestros mensajes fieles a la Escritura y nuestros esfuerzos fieles a la voluntad de Cristo. La confianza en esta gracia resulta en sermones cuyo poder viene de Dios (a pesar de nuestro pecado e insuficiencia), ya que solo Él suple la santidad y la verdad que abastecen la fuerza espiritual de la predicación.

PREDICA CON CONFIANZA

El saber que es Dios quien nos habilita debería animar a todos los predicadores (incluyendo a los predicadores principiantes) a lanzarse con entusiasmo a su llamado. Aunque varíe el grado de habilidad homilética, Dios promete llevar a cabo Sus propósitos a través de todos aquellos que proclaman fielmente Su verdad. Aun cuando tus palabras apenas se arrastren por el borde del púlpito, el amor por la Palabra de Dios y por Su pueblo asegura un ministerio espiritual efectivo. Puede que nunca escuches el aplauso del mundo o que nunca pastorees a una iglesia de miles, pero una vida de devoción combinada con explicaciones claras de la gracia salvadora y

santificadora de las Escrituras invoca el poder del Espíritu para la gloria de Dios.

En los días que nos sentimos desalentados, cuando sabemos que no somos dignos de subir al púlpito por la pelea que tuvimos con nuestra esposa de camino a la iglesia, o por la delincuencia de un hijo que señala nuestros defectos paternos, o por la aparente falta de fruto de nuestra predicación —en esos días, necesitamos saber que el Espíritu Santo obra a través y a pesar de nosotros con el poder de la Palabra que exponemos fielmente. Y en los días que estemos llenos de orgullo, cuando pensemos que nuestros talentos fueron la clave para que la gente asistiera y ofrendara, debemos recordar que “si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican” (Sal 127:1, NBL).

Así como la afirmación bíblica sobre el poder inherente de la Palabra debe rescatar a los predicadores de la desesperación o el orgullo ministerial, la afirmación bíblica sobre el poder del *ethos* debería ayudarnos a lidiar con el abatimiento o el engreimiento que vienen de comparar nuestros “dones” con los de otros predicadores. Independientemente de cómo el mundo, nuestros corazones, nuestros admiradores o nuestros críticos evalúen nuestras habilidades en el púlpito, tenemos el llamado de colaborar con Cristo en la misión de Dios (1Co 3:9). Si Su Palabra está en nuestras bocas y Su gracia es evidente en nuestras vidas, entonces Cristo está ministrando a través de nosotros, y no hay mayor don o llamado.

Si tu meta es honrar a Cristo, *puedes* ser un gran predicador a través de tu fidelidad a Él y a Su mensaje. Pablo ofrece este mismo ánimo a Timoteo con promesas que todavía aplican para ti:

Que nadie te menosprecie por ser joven. Al contrario, que los creyentes vean en ti un ejemplo a seguir en la manera de hablar, en la conducta, y en amor, fe y pureza. En tanto que llego, dedícate a la lectura pública de las Escrituras, y a enseñar y animar a los hermanos.

Sé diligente en estos asuntos; entrégate de lleno a ellos, de modo que todos puedan ver que estás progresando. Ten cuidado de tu conducta y de tu enseñanza. Persevera en todo ello, porque así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan.

— 1 TIMOTEO 4:12-13, 15-16

PREGUNTAS PARA REVISIÓN Y DISCUSIÓN

1. ¿Por qué los predicadores expositivos están comprometidos a hacer del significado del pasaje el mensaje del sermón?
2. ¿Quién o qué por sí solo tiene el poder de cambiar los corazones eternamente?
3. ¿Qué son *logos*, *pathos* y *ethos*? ¿Cuál afecta más la persuasión de un mensaje?
4. ¿Por qué todo sermón debe tener un enfoque redentor?
5. ¿De qué depende más una gran predicación?

EJERCICIOS

1. Localiza y comenta pasajes bíblicos que confirmen el poder inherente de la Palabra.
2. Localiza y comenta pasajes bíblicos que conecten el carácter del mensajero con los efectos del mensaje.

CONTENIDO DEL CAPÍTULO 2

- < **La verdad no es un sermón**
- < **Unidad**
 - Las razones para la unidad
 - Los predicadores necesitan un enfoque
 - Los oyentes necesitan un enfoque
 - La naturaleza de la unidad
 - El proceso de la unidad
 - El objetivo de la unidad
- < **Propósito**
 - Considerando el Enfoque en la Condición Caída
 - Determinando el Enfoque en la Condición Caída
- < **Aplicación**
 - La necesidad de la aplicación
 - Las consecuencias de no tener aplicación
- < **Preguntas para revisión y discusión**
- < **Ejercicios**

OBJETIVO DEL CAPÍTULO 2

Identificar los compromisos que asume un predicador al desarrollar un sermón bien estructurado.

2

Las obligaciones del sermón

La verdad no es un sermón

¿Por qué es probable que nunca encontremos en la lista de los mejores sermones de todos los tiempos un mensaje organizado alrededor de las siguientes declaraciones?

1. Los muros de Babilonia medían como 350 pies de altura y 80 pies de ancho.
2. La herejía gnóstica en Colosas contenía elementos del hedonismo y el ascetismo.
3. Esaú era un hombre velludo.

Las declaraciones son claras, verdaderas y bíblicas. ¿Por qué no pudieran dar lugar a un sermón?

Primero, las declaraciones carecen de unidad. No hay un hilo obvio que una estas tres declaraciones. Sin un tema que las unifique, los oyentes no tienen los medios para comprender los muchos pensamientos de un sermón.

Segundo, las declaraciones no parecen tener un propósito. Son simplemente hechos aislados sacados de estudios bíblicos que comunican su causa y significado. Sin un propósito claro a la vista, los oyentes no tienen una razón de peso para escuchar un sermón.

Finalmente, las declaraciones no conducen a una aplicación. No parecen tener relevancia para las vidas de los oyentes. Sin aplicación, un sermón no ofrece un incentivo para uno escuchar el mensaje. La mayoría

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro La Predicación Cristocéntrica.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web::

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2020 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!